

El entierro de la Pena (gracias 100L)

Sebastián Celtigar



Image not found.

Capítulo 1

No existe humano que no resista la llegada de la pena en los brazos de aquel que ha cerrado sus ojos para dormir eternamente.

No existe padre que no se quiebre al apoyar su pie sobre la pala, presionando la tierra removida que guarda al lado del foso con la madera. Y es que cada esfuerzo ayuda a revivir la pena, acompañado de recuerdos que estallan en la cabeza de aquel que se niega aceptar, piensa que en cada lanzada el dolor pasará.

No existe madre que resista al dolor de la partida, que no se inunde en lágrimas cosméticas, acompañadas de un llanto maternal, que no solo ahoga su garganta, sino también su corazón. Aquella siente el caer de la tierra sobre la madera, en un ruido que le sube por la espalda, y peor aún, siente el golpe de la piedra como si la lanzaran a ella.

No existe hermano que se niegue a borrar los recuerdos. Recuerdos de niñez que se atesoran en el corazón y la mente. Destellos de felicidad aparecen de repente en el mar de lágrimas. El cuestionamiento de la vida resurge, y no logra comprender los deseos de Dios. No quiere ángeles nuevos en el cielo, no quiere flores en el eterno paraíso, solo quiere el calor del abrazo una vez más. Aquel se acerca al foso, y va viendo como la madera se extingue al caer la tierra.

No existe tía que no quiera disimular el dolor a través de sus manos serviciales, en ella prepara el bocadillo para quienes deciden acompañar. Y es que cree que es útil de esa manera, sirviendo algo caliente para apaciguar el frío de la noche. Siente que es un deber dejar la pena de lado, para que los protagonistas del rito se preocupen de lo realmente importante. Aun así sienten el dolor como algo ajeno, como si a ellos no se les permitiera llorar. Pero ahí está, observado como la tierra va llegando a la cima, en una mirada escondida en gafas oscuras que albergan las lágrimas que no pudo soltar la noche anterior.

No existe sobrino que no suelte un llanto sincero, y es que los recuerdos lo invaden por muy niño que sea. Sus lágrimas son sinceras, pues le duele ver como aquellos que lo protegen, se vuelven tan frágiles como él. Observa las caras y el sufrimiento del último adiós como algo nuevo, aún no entiende que las personas no son eternas, y que la vida es un triste destello dentro de la luz infinita. Desde un montículo de cemento, observa el fúnebre acto, ve la pala emparejar el cuadrado en donde hace unos momentos yacía la madera de roble.

Existe el amigo nervioso, que piensa en palabras torpes para calmar la pena, y es que se preocupa de no saber que decir. Elabora un discurso en su cabeza, de palabras bonitas y que suenen bien, agregando lo

políticamente correcto en un sinfín de clichés necesarios para la ocasión. Pero eso de nada sirve, dice lo primero que viene a la cabeza, y comprende que ninguna palabra será suficiente para alivianar el dolor que siente el otro. Solo el abrazo, el beso y su compañía le están diciendo – *estoy aquí contigo, compartiendo tu dolor-* . Ese mismo amigo ayuda a pasar los ramitos de rosas y claveles, mientras el resto las acomoda para dejar hermoso ese afligido lugar.

Y entre todos forman y dan vida a algo que está muerto, transforman lo negro del foso, y el amarillo de la tierra en la algo hermoso, sobre ella existe una paleta de colores por cada flor y cintita regalada, que resaltan por el gris del cielo.

Cada quien vive la pena a su manera, entre un llanto que expulsa, o un llanto que guarda, pero la pena no se sepulta en la tierra, se entierra en lo profundo del corazón, y es el tiempo quien dirá si la adornan como aquel arco de flores, o la llevan con el dolor crónico de la partida, eclipsando los bellos momentos de la vida del recuerdo.